

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

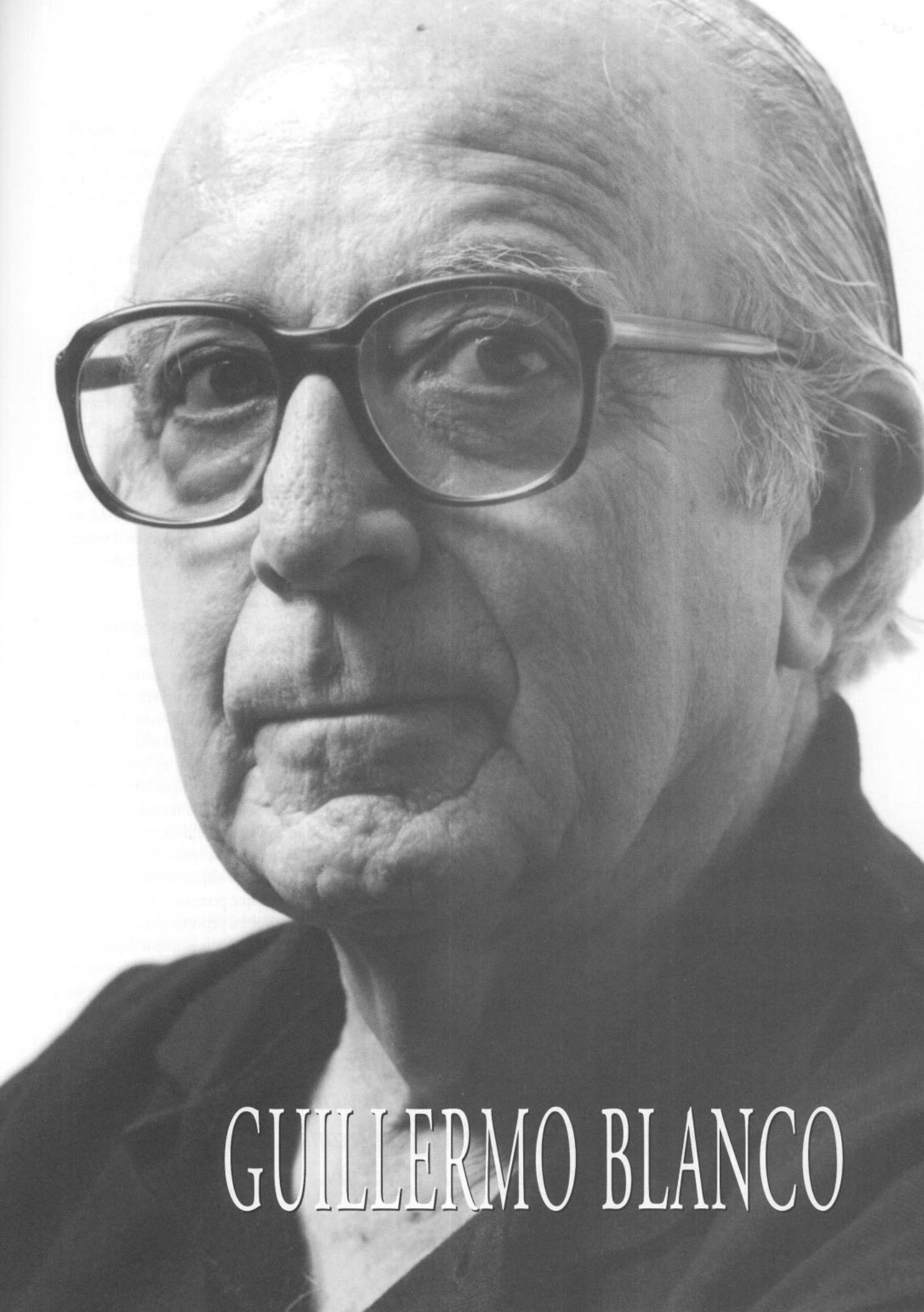
veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



GUILLERMO BLANCO

Guillermo Blanco (1999):

«DE RODILLAS NO SE HACE PERIODISMO»

«Recordaba el día en que nació. Tan patente el recuerdo, que lo veía en sus párpados como película en un teatro. Incluso sin colores. Venía volando sobre el río Maule: ancho, tranquilo, grande. La cigüeña debió de traerlo por mar, y ya en la costa habrá torcido río arriba hasta el Claro; ahí, pero muy a alto, siguió vuelo hacia Talca, a la casa donde él tenía que nacer».¹

Guillermo Blanco Martínez asegura haber soñado esta escena cuando tenía alrededor de cinco años, en Talca, ciudad en la que nació el 15 de agosto de 1926. Ese y otros recuerdos aparecen en su libro autobiográfico, *En Jauja la Magistrú*, y permiten formarse una idea de cómo fue la infancia de uno de los mejores prosistas de nuestro país. La razón del título el autor la explica así: «Es la primera estrofa de una canción que entonábamos —y que yo desentonaba— en mi infancia: En Jauja la Magistrú, macacaflú, macacaflú, macacaflú...».²

Fue una infancia «feliz en todos los sentidos posibles», dice el único hijo de Guillermo Blanco y Vicenta Martínez. «Quizá el recuerdo más

global que tengo es el de la paz, pero no una paz donde no pasa nada, sino donde pasan todas las cosas raras; y una sensación galopante de libertad».³

Y vaya que la puso en práctica. Cuando tenía tres años llegó caminando, solo, hasta la Plaza Mayor de Talca, a siete cuadras de su casa. Allí lo encontró el alcalde, amigo de la familia, y lo llevó de vuelta. Un poco después iba a jugar al río. «A la orilla del río, que quedaba más bien lejos de mi casa; yo era un niño de seis o siete años. Desde entonces empecé a querer la libertad».

De su padre tiene un vivo recuerdo. «No creo haber conocido un hombre más bueno que él; igual de bueno a lo mejor, pero más, no lo creo posible». Será entonces herencia paterna, pero Guillermo Blanco inspira ese mismo sentimiento en quienes lo conocen. «Más bueno que el pan amasado»,⁴ lo describe Francisco Castillo, su alumno en la Universidad Católica. Alejandro Magnet, amigo de toda la vida, lo califica de «amigo leal, transparente y muy chistoso. Le llegan a brillar los ojos cuando encuentra una buena idea».⁵

Don Guillermo papá era cascarabias. «Tenía un genio de miéchica», precisa su hijo. Soltaba unas rabietas tan explosivas como breves. Se sacaba el sombrero de paja y lo atravesaba de un puñetazo, con lo que instantáneamente volvía a su usual buen humor. «Yo tengo el mismo carácter, pero aprendí a manejarlo. Podría dar un cursillo de cómo rabiar», admite Blanco riendo.

HISTORIAS DE BANDIDOS

Algo solitario, quizás, el germen de su imaginación comenzó a brotar en la tranquila biblioteca del abuelo materno, a quien no conoció. Vivió un tiempo con la abuela ya viuda, sus padres y un par de tías. Aún no aprendía a leer, pero dejaba correr las horas hojeando la revista *La Ilustración Artística*. Allí experimentó por primera vez la sensación de que «el libro era un objeto sagrado en el sentido de que pertenecía a un santuario y de que las personas que escriben un libro son personas importantes».

El patio de la casa estaba unido al de su gran amigo Cacho, el pianista Óscar Gacitúa. Ahí jugaban a

*«No es porque sí, ni para sí, que el periodista
ha de ejercer en libertad: su libertad está en la base del servicio
que presta. Lejos de ser un privilegio personal, el que sea libre
es garantía de eficacia».*

los *cauboyes*, tal como lo habían visto en el cine. Los muebles de mimbre eran las montañas del oeste alrededor de las cuales Guillermo cabalgaba en su fiel caballo Flecha, una escualida vara de coligüe. No era fácil ponerse de acuerdo sobre quién sería el jovencito. Entonces optaban por ser ambos buenos y perseguir a los forajidos.

«—¡Open de doar in de neim of de lo!

—¡Manos arriba, perro!

—¡Yajú Silver!

—¡La diligencia está en peligro! (...).»⁶

Otros compañeros inseparables eran la perra Tula, un conejo que lo seguía a todas partes, gatos, un treile, caturras, canarios... Del caballo Píter que, para su horror, fue convertido charqui, surgió *Adiós a Ruibarbo*, cuento hermoso y evocador. «Un clásico», determina Alejandro Magnet.

Esa manía animalera perdura hasta hoy. «Consigue una convivencia envidiable con los animales», corrobora su hija Mónica. «No solo tiene un perro, que se echa junto a él pacientemente mientras trabaja en su escritorio, sino que es amigo de todos los perros del barrio y, si se topa con alguno desconocido en la calle, lo saluda».⁷

En el entorno mágico de su infancia, la abuela paterna —que murió cuando Guillermo tenía cinco años—, jugó un rol importante. «Fue una disparadora de refranes», recuerda Blanco, «del tipo ‘Éramos muchos y parió la abuela’, para aludir al colmo de la mala suerte». Secona por fuera, doña Cruz manifestaba su amor regalando a Guillermo un billete de un peso cada domingo. «Yo lo rechazaba con una especie de chinchosería adies-

trada, hasta que ella me decía ‘¡Toma, chiquillo de mierda!’», que era su manera de demostrar cariño».

Doña Cruz tenía un almacén, lugar fascinante para cualquier niño. «Con la poruña, yo agarraba las lentejas y las echaba donde estaban los garbanzos, y los porotos donde estaban las lentejas», recuerda el escritor. Después, con santa paciencia, la abuela separaba los granos uno por uno. Hoy Guillermo demuestra sus sentimientos de un modo parecido: «No es de frases melosas ni de muchos regaloneos, pero hace cosas que no dejan dudas sobre su afecto, orgullo y admiración por las personas que quiere», cuenta Mónica.



Con Lucía Cristi en tiempos de pololeo. «Para mí la vida con ella es la vida completa», señala.

NO PUEDO NO PODER

Introvertido y tímido, Guillermo Blanco fue también profundamente rebelde y porfiado, características que no han desaparecido.

Incluso afirma que «no puede no poder». Nuevamente su hija Mónica aporta una prueba: «Cuando se pone a hacer un trabajo casero para el cual evidentemente es preferible llamar a un maestro calificado, su ‘no me la va a ganar’ siembra el terror en la familia».

Esa porfía también afloró en forma de resistencia pasiva durante la dictadura militar, «en un tiempo oscuro en que la libertad se vio encogida, arrinconada en nuestro país. No

pude no poder trabajar por ella con todas mis fuerzas», dijo al recibir el Premio Nacional de Periodismo.

Lo hizo a su manera, con un arma tan efectiva como inocente: la palabra, una palabra chispeante, finamente irónica, en apariencia inocua. A veces, también, dolida. «El ser humano está presente en sus palabras», apunta. (...) «Podría escribirse la biografía de un hombre, de una mujer, a través de su vocabulario. También la historia. (...) Imposible olvidar el día de 1970 en que un diario escrito por chilenos traía *enemigos* para aludir a otros chilenos. Imposible olvidar —para entendernos y saber quiénes somos— que la palabra no muere y nos acusa».⁸

ADIÓS A TALCA

Los Blanco Martínez, como tantas familias, fueron víctimas de la crisis económica del 32. Talca ofrecía pocas oportunidades, de modo que Guillermo papá, Vicenta y el niño hicieron sus maletas y se trasladaron a Santiago.

En la capital ambos padres encontraron empleo, y el pequeño Guillermo pasaba muchas horas solo en la pensión donde vivían, en calle Lira 230. Atrás quedaban los tiempos apacibles en que con su madre recorrían la Alameda provinciana comiendo naranjas.

El cambio fue brusco. «Ahora dirían que

fue traumático, pero como entonces no se conocía esa palabra, eché de menos no más». La entrada a tercera preparatoria del Instituto Luis Campino no fue menos dura. «Yo venía de un colegio *lo doméstico, lo hogareño*, que era de dos señoritas —largamente señoritas—. Al poco tiempo se acostumbró a los nuevos ramos. Castellano, Historia y Dibujo eran sus favoritos. «Mi profesor de Castellano, Roberto Guerrero,

era tan bueno, que con la gramática que aprendí de él me he batido el resto de mi vida», dice agradecido.

Añorando su ciudad natal, Gui-

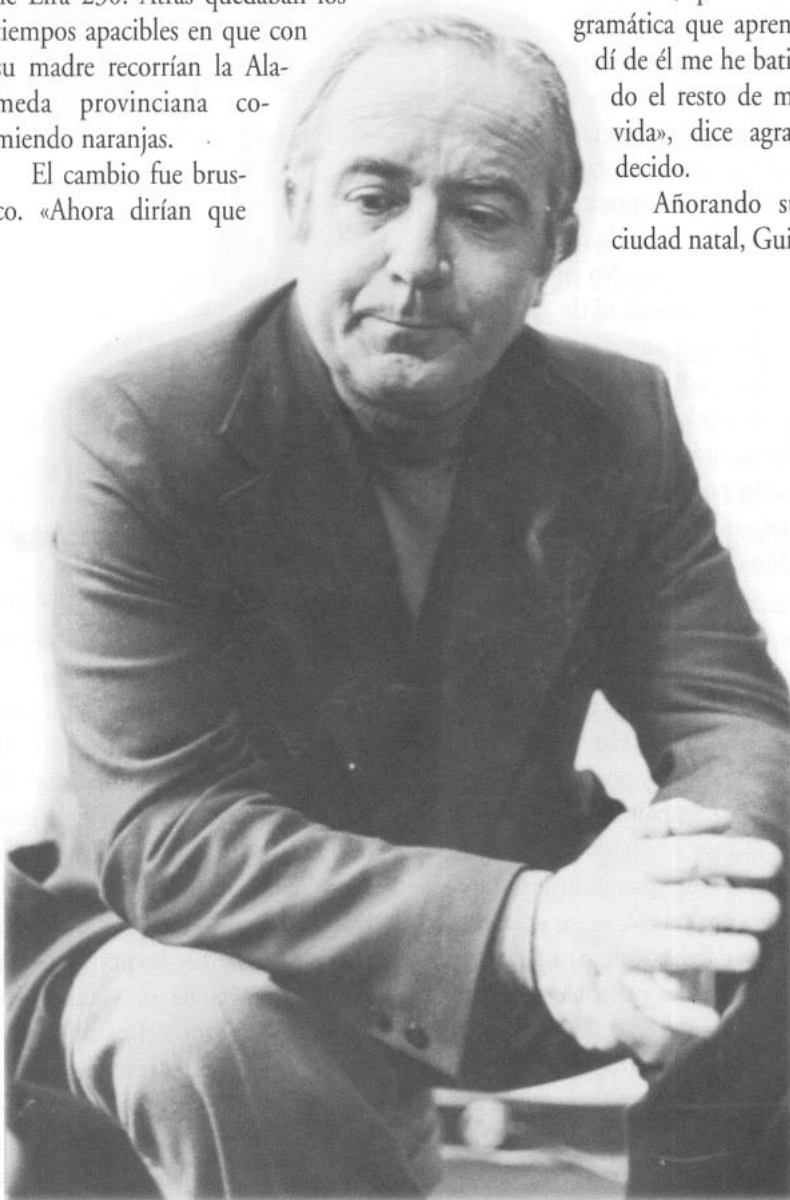
llermo recorría Santiago a pie. «Una vez salí caminando desde la calle Lastarria, pasé el cerro Santa Lucía, me fui por Santo Domingo hasta la Quinta Normal, le di vuelta por detrás y volví por la Alameda. Ahí pensaba, inventaba cosas, qué sé yo». A su manera, era feliz. «Mi vida entera ha sido feliz», aclara, «pero la felicidad no es sin dolor. Tú puedes ser feliz aunque sufras».

Por esa época, aún un escolar, escribió sus primeras poesías. Las conserva hasta hoy «para castigarme el ego cuando corresponda», reconoce.

Su padre, su 'cumpa', fallece cuando Guillermo tenía solo trece años. «Lo he ido revalorando continuamente y progresivamente», dice. Y atribuye a su crianza española el arrepentimiento que sintió «por las cosas malas que le había hecho, cualquier travesura o desobediencia». Se le hacía un nudo en la garganta que le impedía respirar.

Fueron tiempos difíciles, en los que a su propia pena se unía la de su madre. «Ella volvía de trabajar y yo la esperaba en la esquina de Lastarria con la Alameda; siempre venía con los ojos llenos de lágrimas». Entonces sacaba un cuaderno y escribía. Ahí nació su necesidad imperiosa de escribir.

Doña Vicenta era un ejemplo de fortaleza y bondad. Hasta su muerte, en 1985, fue un pilar para la familia entera y la imagen de un amor incomparable. De gran firmeza, no obstante, lo obligó a aprender a leer, cuando Guillermo se resistía «como tigre»; era más entretenido escuchar de boca de su madre las aventuras de *El Peneca*. Pero al verla decidida, a Guillermo no le quedó más remedio que batírselas por sí solo. El primer libro que leyó completo fue *Ivanhoe*, que todavía conserva.



«No puedo olvidar el día de 1970 en que un diario escrito por chilenos traía la palabra 'enemigos' para aludir a otros chilenos».

¡QUÉ GANAS DE SER JUDÍO!

En parte por su porfía española, quizás también por su aversión a las injusticias, Guillermo Blanco suele estar del lado de los más débiles.

Desde niño. Con solo nueve años tomó el partido de los etíopes cuando en 1935 Mussolini invadió sus tierras. Luego, al enterarse del antisemitismo nazi pensó ¡qué ganas de ser judío!, sin saber por esa época que su apellido Blanco es de ese origen, lo mismo que Medina, el de su abuela Cruz.

Cualquier injusticia lo subleva por dentro. «Si durante la dictadura hubiera habido doce millones de Guillermo Blanco, con mi formación española de fuerte sentido de lo justo, la cosa no habría durado más de un cuarto de hora». Y enfatiza: «Hice mi resistencia pasiva todo, todo lo que pude. En esa época leí a autores rebeldes como Unamuno, que es una especie de anarquista espiritual».

Muchos años más tarde, ya como escritor consagrado, hurgando en una librería, un pequeño volumen llamó su atención. Era *Algunos antecedentes para la historia de los judíos en el Chile colonial*, de Günther Boehm. «Ahí descubrí la historia de Francisco Maldonado de Silva. Fue amor a primera vista. Se me volvió inevitable y sentí que tenía que contarle con mis propias palabras. Quería hacer vivir a ese personaje y compartirlo con ese ser misterioso que es el lector».⁹ Estuvo años investigando hasta lograr datos suficientes como para recrear, en *Camisa limpia*, la historia de ese médico judío que en el Chile de principios del siglo XVII fue juzgado por la Inquisición. Lo

singular del personaje es que, luego de huir de la cárcel, por decisión propia vuelve, para exhortar a otros

pañía Salitrera Anglo-Lautaro. Con una máquina de escribir a su disposición, aprovechó sus ratos libres y, en coautoría con Carlos Ruiz-Tagle, escribió *Revolución en Chile*, novela en que satiriza la ingenuidad de una periodista «gringa» que no tiene idea de dónde está parada. «Nos partíamos de la risa mientras la hacíamos y llegamos a la conclusión de que, pasara lo que pasara con el libro, se publicara o no se publicara, nosotros nos habíamos entretenido horros». También se rieron a carcajadas miles de chilenos y la novela, un tremendo éxito, superó las veinte ediciones.

Por entonces ya había escrito un buen número de cuentos. Grande fue su orgullo cuando, en 1957, una selección de relatos, bajo el nombre de *Solo un hombre y el mar*, fue publicada por Editorial del Pacífico. El libro le significó ganarse un lugar en la narrativa chilena y la inclusión de una de sus obras en *Antología del nuevo cuento chileno*, editado por Enrique Lafourcade, que reunía a jóvenes promesas como José Donoso, Claudio Giamoni, Jorge Edwards.

Blanco tenía ya los manuscritos que más tarde se transformarían en *Gracia y el forastero*, novela emblemática, que durante más de tres décadas ha formado parte de la lectura de los adolescentes y que alcanza al millón de ejemplares vendidos. La tuvo guardada más de siete años. «Temía que pudiera causar algún perjuicio moral entre la gente joven, es decir, inducir a hacer cosas como las que se cuentan ahí»,¹⁰ explica, refiriéndose al hecho de que los protagonistas, adolescentes, se casan ante

«Periodismo y docencia comparten su enorme cercanía con lo humano. Cada una, a su modo, son formas de servir, y ni en una ni en otra es posible servir de rodillas».

judíos presos a que no claudiquen. «Escaparse y volver a la prisión es un acto supremo de libertad», estima Blanco. «Ninguno de sus carceleros fue más libre que él».

La Guerra Civil española, más cercana a él, le produjo un doloroso remezón. Su primo Juan, que estudiaba medicina en Madrid, fue fusilado en Barcelona. Al saberlo, Guillermo escribió un poema que él considera de cierto valor.

ARQUITECTO DE CATEDRALES

Llegado el fin del colegio, y algo desorientado en su vocación, en 1943 Guillermo Blanco entra a Arquitectura en la Universidad Católica. Él mismo reconoce que, de haber sido más estudioso, habría sido arquitecto. «Un día me sacaron a la pizarra para que dibujara cómo se ponían las planchas de zinc y yo no tenía idea, lo encontraba uno de los conocimientos más inútiles, si para esas cosas estaban los maestros. Entonces, claro que me reprobaron», recuerda entre risas. «Mi sueño era construir catedrales, no DFL2», arguye.

Al dejar la universidad, entró como junior y dactilógrafo a la Com-

ellos mismos. Y él no quiso cambiar eso, por lo del libre albedrío: «El que a uno se le ocurran personajes, no significa que pueda moverlos como quiera», explica el autor.

«Yo informé que ese libro debía ser publicado», recuerda Alejandro Magnet, entonces editor de Editorial del Pacífico. «Que iba a ser un clásico en la literatura chilena. Pero

de Guillermo

PAGINA EN BLANCO

La reciente expulsión de dos estudiantes de la Universidad Católica, viene a poner el dedo sobre una llaga que ya no es muy nueva. Se les acusa de desarrollar actividades políticas, de perturbar la convivencia, de faltar el respeto a la autoridad.

Tampoco los cargos son nuevos.

Casi podría decirse al revés: el sector político que maneja la Universidad tiende a segregar tales acusaciones con el automatismo y la monotonía con que operan los reflejos condicionados. Y, a menudo, con igual grado de raciocinio, de comprensión, de caridad cristiana.

Palabras como libertad, o democracia, o —por la vía inversa— dictadura, opresión, injusticia, despiertan de inmediato un eco simple:

—Político, política.

Y si alguien quiere abrir debate, si pregunta por qué la libertad es política, si pide explicaciones e invita a discutir:

—Trata de perturbar la convivencia universitaria.

Y quien disiente de una medida, cuestiona su lógica o su oportunidad, o su justicia, oír:

—El principio de autoridad está en peligro.

No, los cargos no son nuevos.

No lo eran hace cinco años, cuando un grupo político comenzó a apoderarse poco a poco de la Universidad, alterando gravemente la convivencia dentro de la comunidad académica, y barriendo con el principio de autoridad hasta el extremo de que la autoridad máxima —el gran canciller— sintió que debía suspender el ejercicio de su cargo por la imposibilidad de hacerlo en forma efectiva.

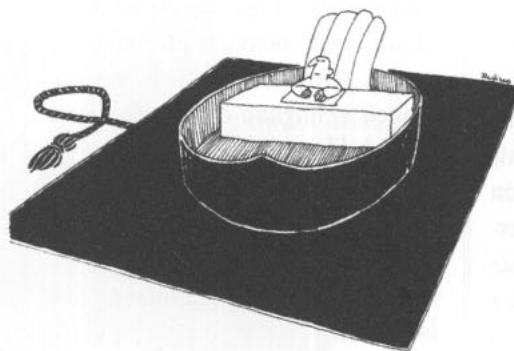
Ah, pero la política de los apolíticos no es política. Y la autoridad que llegó al amparo de una emergencia es la real autoridad, no la que representa a la jerarquía de la Iglesia. Y la convivencia se supone que es deseable cuando los otros callan; en cuanto comienzan a tratar de convivir, claro, destruyen la convivencia.

Y si estos quieren participar en el estudio de un proyecto de participación, es porque no han entendido nada de nada: la par-

uno de los editores —por razones que hasta ahora no entiendo— se opuso diciendo que era inmoral».

Las colaboraciones en *La Voz*, semanario del Arzobispado de Santiago, marcan el inicio de Guillermo Blanco en el periodismo, en 1958. Con el seudónimo de A. Claro escribía columnas de actualidad en un tono suavemente irónico.

«*La Voz* fue fundamental en el encuentro de muchos de nosotros con la noticia, la denuncia y el anuncio»,¹¹ recuerda Abraham Santibáñez.



Ni ley ni pareja

participación, ahora, está hecha para evitar los peligros de la participación. Empezando por el peor de todos que es la participación.

¿Suena absurdo?

Nada de raro: es absurdo.

La defensa del principio de autoridad es claramente esporádica, por no decir selectiva. Hace poco más de un año, la corriente política que domina en la Universidad Católica organizó un acto que llamó «de desagradio». Recordaron allí, su heroico comportamiento en diversas circunstancias y se explayaron sobre sus propias virtudes con una generosidad emocionante.

Pero también hablaron de otros. Todos ellos equivocados, si no movidos por diversas intenciones. La reforma, por la cual se «desagraviaba» a la Universidad, fue según uno de los discursos «el episodio más triste y deplorable», y constituyó solo «la culminación de una conjura», «una revolución destructora» por cuyo medio se pretendía «abrir paso a un movimiento que arrasara con todo principio de orden y jerarquía, y que impusiera la violencia como método legítimo y eficaz de acción pública». Esta cosa horrible contó, de acuerdo con lo dicho por el mismo orador, con un «amplio y decisivo apoyo» del gran canciller, a

quien se acusaba además de deslealtad para con otro obispo y con el Vaticano mismo.

Cuarenta miembros y ex miembros de la comunidad académica protestaron entonces ante el pro gran canciller, monseñor Jorge Medina, quien respondió que había «tenido noticias directas en el sentido de que FEUC programaría un acto para ese día. Como no he sido ni soy partidario de reanimar discusiones que no harían más que dividir los ánimos, llamé al presidente de FEUC y le hice presente, con toda la insistencia posible, mi punto de vista contrario a dicho acto. No obtuve éxito. Expresamente advertí al señor presidente de FEUC que yo no deseaba que se tocara la persona del Emmo. Sr. Cardenal arzobispo de Santiago, D. Raúl Silva Henríquez, sin que este deseo significara que yo aprobaba la celebración del acto. Pero no estaba dentro de mis facultades impedir por vía de autoridad jurídica que se realizara. Siento reconocer que mi autoridad moral no fue suficiente argumento».

Tan poco argumento fue, que los ataques contra el cardenal se transmitieron por el Canal 13 y se reprodujeron en un aviso de diario. Difícil mayor publicidad.

Entonces, sin embargo, no hubo sanción.

LA ENERGÍA TAPA TODO

Guillermo Blanco. *Civil*. Su tarjeta de presentación dice así. Ni una palabra más. «Las mandé a imprimir por el año 76, cuando el gobierno empezó a dictar una serie de normas que colocaban a los militares en situación privilegiada frente los civiles. Entonces yo dije: 'Ah, yo no me voy a avergonzar de ser civil'. Ahora no tiene gracia, pero fui a encargarmelas muerto de miedo».

Bastante bien conocía el escritor la mentalidad castrense, su forma de

ver el mundo y cómo hay que dirigirse a ellos para ser escuchado. Era el principal aprendizaje obtenido en el servicio militar, por allá por 1946.

Lo primero que descubrió fue que la energía tapa todo. Con su amigo Lucho Larraín determinaron que, tomando escobas y trapos con actitud firme y decidida, podían librarse de hacer el aseo de las dependencias. «Atravesábamos el patio con mucha energía y nos íbamos a conversar a algún rincón».

También aprendió que en el Ejército está prohibido cansarse. Le parece cuerdo: «Nadie gana una batalla con un ejército cansado».

Muchos años después, la experiencia le sirvió para entenderse con el almirante Jorge Swett, rector de la Universidad Católica. Al momento de presentar

Su Página en Blanco de la revista Hoy en la semana del 29 de noviembre al 5 de diciembre de 1978.

su renuncia —Blanco era profesor de la escuela de Periodismo desde la década del 60— le dijo al uniformado, entre otras cosas, que se iba porque nunca se había hecho tanta política en la universidad como en esa época. «Era en plena dictadura y yo le dije 'zambacanutá', pero se lo dije con claridad y él me entendió. Está en la mentalidad militar».

Esas y otras razones le hicieron sugerir a su hijo Jaime que no eludiera el Servicio Militar. «Tal es mi convicción de la incompatibilidad entre el clima, la atmósfera entre muchas cosas militares y las civiles que cuando llegó la hora en que mi hijo debía hacer el Servicio le aconsejé que lo hiciera, para que supiera lo que significaba si alguien le decía que al país le hacía falta un gobierno militar».

Guillermo terminó el Servicio con el grado de Sargento primero efectivo, especialista en explosivos. El bajo grado obedece a otra rebeldía: sacar la vuelta a construir un puente que luego debían dinamitar. «Con Lucho Larraín decidimos que eso no era para nosotros, así es que nos fuimos a descansar a la sombra de unos matorrales. Estábamos tan bien que nos pusimos a cantar una ópera italiana que había inventado Lucho: *Falooopio*. De repente había un sargento parado delante de nosotros. En castigo tuvimos que colocar los explosivos, tender el cable y hacer volar el puente».

POSANDO DE INTELLECTUALES

Haciendo un balance, sus recuerdos sobre el Ejército son buenos. «Lo pasé bien, entre otras cosas cometiendo infracciones». Tan bien y con tan buenos amigos, que al salir decidieron que no podían dejar

de verse. Con Luis Larraín, Hugo Montes, José Zañartu, Jaime Martínez, Juan Frontaura y Julio Silva siguieron reuniéndose sagradamente los jueves a conversar y a «posar un poquito de intelectuales». Y entre conversa y conversa se fue gestando la idea de hacer una revista literaria. *Amargo* la bautizaron, en recuerdo de una localidad cerca de Valdivia.

Con ocasionales colaboraciones de Pablo Neruda, Vicente Huidobro, además de los españoles León Felipe y José María Souvirón, la publicación alcanzó tan solo a doce ejemplares. «Nosotros la escribíamos, la ilustrábamos, revisábamos las pruebas, la vendíamos y la comprábamos»,¹² recuerda.

Para Guillermo fue como una ceremonia de iniciación. «Por primera vez vi cosas más en letra de imprenta. Esa cuestión es medio sagrada».



Su primer artículo después de asumir Pinochet se llamó ¿Cómo se pronuncia? «Aquí les gusta endulzar las cosas», señala refiriéndose al eterno tema de los eufemismos.

ALEGRE CONDENA

Sin duda más conocido como escritor —tiene más de veinte novelas, ensayos y cuentos publicados—, su labor en la prensa es sobresaliente y le desagrada hacer diferencia entre literatura y periodismo. En un debate público con Alfonso Calderón, Blanco aclara su postura: «Tú me dices 'condenado al artículo semanal'. No es así. Uno quizá no pueda escribir una novela sobre la gente que fabrica antigüedades y la gente que compra antigüedades recién hechas. Eso tal vez no da para una novela o un cuento, da para un artículo». Porque —añade—, el ejercicio del periodismo es una manera de ir tomando posición en una situación del país. El periodismo, para él, es una manera de actuar en lo inmediato.

En sus artículos para *Ercilla* y *Hoy* los temas eran situaciones cotidianas, inmediatas, reflejo de nuestra idiosincrasia: por ejemplo, el afán del chileno de descalificar lo realizado por su antecesor. «Ya don García Hurtado de Mendoza, por allá por 1557, encontró que todo lo anterior estaba malo y con soberbia juvenil pretendió cambiarlo, también, todo. Ninguno de sus antecesores valía para nada. Eran una especie de manga de chambones. Lo dijo sin pelos en la lengua, y actuó sobre esa base».¹³

Si Chile pierde un partido de fútbol, Blanco se mofa de las excusas de los especialistas: «A Chile lo perjudicó no solo el clima, sino también un ex-

ceso de garra, una codicia desmedida frente al arco antagónico, cierta rigidez en el planteamiento del ce-rojo defensivo».¹⁴

Y cómo no se iba a reír del éxodo patriótico para el Dieciocho. Son hordas de chilenos que salen del país ávidos de comprar y que luego «procederán a vender a sus coterráneos una parte de las mercaderías que lograron salvar de la incompreensión aduanera».¹⁵

Pero un día llegó a *Ercilla* una invitación para ir a reportear la guerra de Vietnam. Se la ofrecieron. «Era la oportunidad de ganarme el derecho a hacer clases de periodismo», explica. Ese año, 1968, se hablaba de la violencia como instrumento de liberalización y el Che Guevara proclamaba la idea de 'vietnamizar' Latinoamérica.

Después de convocar a un consejo de familia y obtener permiso, partió a Vietnam con Iván Cienfuegos a vivir su mejor lección de periodismo.

En los quince días que permaneció allá, descubrió que cuando se

lee sobre las guerras, siempre hay mentiras que ayudan a que las matanzas se vean más limpias. «Lavan las guerras, para hacer más posible una próxima», se lamenta. «Todo, todo se corrompe y eso no sale en los libros de historia, por la flauta», dice indignado. Y aprendió a definir, basado en su propia experiencia, lo que era la vietnamización: «Jugarse el destino del continente a la sangre, a la matanza, porque en una guerra el que gana es el que es capaz de hacer más daño, no el mejor. Si eso era lo que quería el Che Guevara, no debiera ser el ídolo que es», resume.

LUCY Y EL MITO GRIEGO

Sobre sus sentimientos se cierra como ostra, y cuando se le pregunta por Lucía Cristi, su mujer de toda la vida, solo dice que ella es esa otra mitad de la que habla la leyenda griega. «Eso pasa en un sentido muy real. Uno de repente se encuentra con una persona que lo complementa. Para mí la vida con ella es la vida completa».

Forman una familia unida, con cuatro hijos (Jaime, Mónica, Rosita y Pilar), yernos, nuera y once nietos. La madre de Guillermo fue también un miembro muy querido. «Vivimos con ella hasta que mi papá se pudo comprar su casa propia, fue un hito en la familia», dice Jaime Blanco.

Abuela incluida, las vacaciones eran en el El Tabo. «Pasábamos la Pascua allá y nos volvíamos en marzo», recuerda Jaime. «Mi abuela construyó la casa en la década del cuarenta con un diseño hecho por mi papá, que estaba estudiando arquitectura. Ella se las ingenió. Arrendaba camiones y se iba con los maestros. Por eso en El Tabo hay raíces muy fuertes».

Jaime cuenta que en esa zona de la costa sus padres vivieron parte de su pololeo. «Mi mamá veraneaba en Cartagena y mi papá se iba a pie desde El Tabo a verla».

Haciendo recuerdos afloran también los trabajos de sus padres en poblaciones. «Los fines de semana siempre venía un niño y almorzaba con nosotros». O los juegos compartidos con su padre, como encumbrar volantines, maestrear, hacer excursiones al bosque.

Pero lo principal es el ejemplo recibido: «La buena relación de pareja de mis padres nos ha dado una sensación de estabilidad».¹⁶

«SE PRONUNCIA MIENTO»

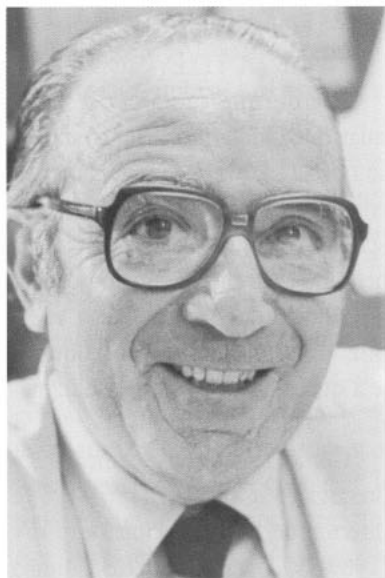
El golpe militar produjo en Guillermo Blanco una angustia profunda. «Tuve una depresión que me duró años; yo no sabía lo que era una depresión. Vine a enterarme mucho después». Como tantos chilenos, intuía que el golpe de Estado y la caída de Allende eran inevitables.

«Teníamos una sensación tan ingenua; pensábamos que se levantaba un militar, pedía un par de cambios y llamaba a elecciones».

Al poco tiempo Blanco se dio cuenta de que el asunto era mucho más



El Premio Nacional en 1999 se apoyó principalmente en dos méritos: la defensa de los valores democráticos y su labor docente.



Se «partían de la risa» con Carlos Ruiz Tagle mientras escribían Revolución en Chile.

serio. «Una dictadura, por definición, es inmoral: sustituye la legitimidad por la fuerza. Después empezamos a saber que además de ser por definición lo era por acción».

Entonces decidió tomarles el pelo a las nuevas autoridades. «Cuando a uno le da rabia lo peor que puede hacer es manifestarla. Lo que tiene que hacer es reírse del otro».

El primer artículo después del golpe se llamó ¿Cómo se pronuncia? «Era un tipo que llega a su casa con un chichón en la cabeza y dice que se pegó un 'pronunciamiento'. Después otro, y otro... Todos los golpes se llaman pronunciamiento. Y la respuesta, tácita, claro, a ¿Cómo se pronuncia? Es: *miento*. Porque habían comenzado a mentirnos. Además, con esa siutiquería tan chilena, no se daban cuenta de que 'pronunciamiento' es un golpe rasca. En España, un milico al mando de tropas se pronunciaba contra el gobierno; si le iba mal, quedaba en pronunciamiento; si botaba al gobierno era Golpe de Estado».

«Pero aquí les gusta endulzar las

cosas. Es el eterno tema de los eufemismos. No sé por qué se les ha metido que el periodista es una especie de traductor. Ve un choque y dice colisión, y el choque no es en la esquina sino en la intersección de dos arterias. Eso mata la espontaneidad, la comunicación».

En su Página en Blanco, de la revista *Hoy*, no eludió, por cierto, los temas espinudos y dolorosos. «Me di el gusto de decir que no hay personaje más cobarde que el torturador. Lo puse y está publicado».

Lo que se negó a editar durante la dictadura fueron libros. El dilema de Blanco, le llamó. Fue un modo de protestar por la exigencia de que para publicar un libro se debía obtener la aprobación de censores designados por el gobierno. ¿El dilema?: «Sin saber qué era peor, si la rabia de que me prohibieran o la vergüenza de que me aceptaran, me abstuve».

Durante largo tiempo, y según sus propias palabras, los militares le provocaban alergia. Por eso sorprendió a muchos que Guillermo Blanco aceptara integrar la Mesa de Diálogo, convocada en 1999 por el gobierno para dar con el paradero de los detenidos desaparecidos. ¿Qué le hizo aceptar? «Para mí un mundo ideal sería sin Fuerzas Armadas», ha dicho en varias ocasiones. «Pero eso es utópico y, como existen, creo que es indispensable que se incorporen a la vida natural de un país y no vivan defendiéndose de acusaciones. Que las acusaciones recaigan sobre aquellos que las merecieron, sí; pero que un militar nuevo sienta que está en una institución que el país necesita. Por eso hay que incorporarlos y hay que incorporarse».

«Él se enfrenta a las cosas así, y eso significa que muchas veces le duelen, pero siempre está abierto a

lo que le va a pasar, sin prejuizar. Hace tiempo que hizo el desafío de no presuponer intenciones acerca de las personas»,¹⁷ dice con no disimulada admiración Pilar Bernaldo de Quiroz, su ayudante en la universidad Diego Portales.

EL MAESTRO QUE DA SEÑAS

En la década del sesenta y ya escribiendo para la prensa, Guillermo vio con gran interés la creación de la escuela de Periodismo de la Universidad Católica. «Esta es mi oportunidad de sacar el título», pensó. Cuando se iba a matricular, sin embargo, lo llamaron para que hiciera clases. «No me quedó más que aceptar».

Generaciones de periodistas han sido sus alumnos, tanto en la Universidad Católica como en la Diego Portales, donde hace clases de Redacción Periodística desde 1988.

Francisco Castillo, alumno de la Católica, recuerda la principal lección de Blanco: ser creativo. «Yo escribí un artículo de opinión muy



«Amigo leal, transparente y muy chistoso. Le brillan los ojos cuando encuentra una buena idea», dice Alejandro Magnet.

severo sobre la Revolución Cubana. Oh sorpresa cuando recibo la corrección de don Guillermo, un tres, porque consideró que era *lo latero*. Cuando se me quitaron las ganas de tirarme al Mapocho, decidí volarme y escribir una crítica a una película que no existía, que jamás se había filmado pero que tenía relación con la actualidad internacional». Se sacó un seis coma cinco y aprendió que la realidad se puede contar en forma entretenida.

«Guillermo Blanco es realmente un maestro», dice categórico Abraham Santibáñez. «Pero un maestro no es solo alguien 'buena persona', que Guillermo lo es. Un maestro es, sobre todo, un ejemplo de vida y consecuencia. Guillermo ha sido un cristiano fiel y a partir de ahí, ha puesto en práctica permanente valores fundamentales como la libertad y la solidaridad. En su defensa ha desempeñado su mejor capacidad: su pluma vibrante y clara. A la que hay que agregar un calificativo adicional: delicadamente irónica».

Para Guillermo Blanco, la docencia es una vocación, y de las fuertes. «Lo único que uno hace es ense-

ñar a aprender; enseñar, en su origen, es dar señas. También es abrir el diálogo, y diálogo entre libres», dice. «Deja que cada uno desarrolle sus habilidades», corrobora Francisco Castillo.

Tiene fe en sus alumnos y por eso le preocupa que el periodismo en Chile «esté muy chantado». Lo desalienta que, después de cinco años en la universidad, los alumnos «anden corriendo detrás de ministros, senadores y diputados. Todos en piño, compartiendo las mismas preguntas. ¿Dónde está la originalidad? ¿Dónde está lo profesional, por último?». ¹⁸ Además de su gran aporte de conocimientos, Guillermo Blanco es un hombre querido y respetado, sentimiento recíproco. «Es cálido, accesible», dice Pilar Bernaldo de Quiroz. «Aunque tenga mil cosas que hacer uno llega a hablar con él y siempre tiene tiempo para escuchar». No extraña, entonces, que varias veces haya sido elegido el mejor profesor de la universidad. «Hace un par de años la universidad le regaló un viaje a Grecia por ser el catedrático mejor evaluado», cuenta Pilar.



Para Guillermo Blanco la docencia es una vocación y de las fuertes. «Lo único que uno hace es enseñar a aprender; enseñar, en su origen, es dar señas. También es abrir el diálogo entre libres», dice.

LOS TONTICIARIOS DE LA TELEVISIÓN

Fue durante «un alza de choremia» que Guillermo Blanco escribió su novela *El joder y la gloria*, al escuchar, de boca de un periodista, que «cierto delincuente logró ser aprehendido ayer en Concepción». A ese desconocido redactor dedica el libro: «Estas páginas rinden homenaje a quien escribió esa frase enigmática». ¹⁹

Como televidente, comentarista literario en *Canal 13* (1963-1964), director de programación de *TVN* (1969-1971) y miembro del Consejo Nacional de Televisión (1992 a la fecha), conoce el medio al revés y al derecho. Por eso fustiga no solo la programación, sino el modo cómo se emiten las noticias. Le sacan ronchas esas notas pronunciadas con delicado rebuscamiento, y que reproduce en su libro: «En horasssa de la mañana de hoyo, una camioneta conducida por un individuo en estado de intemperancia impactó a un vehículo utilitario en la interseccion de las arterias Loso Chorose y Lasa Lapasa». Blanco llama *periodistés* a esta forma de comunicar, así como a eufemismos archirrepetidos tipo 'antisociales que se dieron a la fuga' o 'altas autoridades que hacen su ingreso a las aulas de la casa de estudios superiores'.

El libro gira en torno al noticiario central de un canal de televisión de un país «rigurosamente imaginario» pero incuestionablemente familiar. La noticia estrella, la *sí-noticia*, ¿cómo no!, es... el fútbol. «A mí me gusta como deporte pero no como religión y menos como religión obligatoria», afirma.

Como en toda caricatura, los rasgos esenciales están llevados al límite de la exageración para que la denuncia de fondo no se quede enredada

en la sonrisa. Así, entonces, Blanco bautiza como *informófagos* a esos reporteros que «toman una noticia, se la tragan y dejan los huesitos».

Para los acontecimientos internacionales, desproporcionadamente breves, en el imaginario canal un editor creativo implementa la sección El Abanico: «Es Donnerwetter, que, mirando cómo su cuñado prende el carbón para el asado, tiene una idea genial: «¿Qué tal meterlas todas en un abanico y dar cada nota en seis, siete segundos? Chas, chas con la agilidad con que el Rupa abanicaba esas brasas reacias». (...) «—¿Algo pasó en el Vaticano, ponte? Caliz-bomba destruyó iglesia de San Pedro. Eso pal texto. Pa imagen, humo, escombros, hueveo. ¿Qué más? Dos palabras del Papa. Obvio: no le va a gustar que le demuelan el boliche».²⁰

EL PREMIO, UNA COSQUILLA ESPIRITUAL

Esa tarde de agosto de 1999, el ambiente era de fiesta. La Biblioteca Nacional cumplía ciento ochenta y seis años, y el presidente del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Guillermo Blanco, pronunciaba unas palabras para destacar la importancia de la Biblioteca en la cultura del país. Después, sentado en

tre los concurrentes, una secretaria se le acercó para decirle que tenía un llamado urgente. Pálido, temiendo una mala noticia, corrió al teléfono.

Era José Pablo Arellano, ministro de Educación, para comunicarle que el jurado le otorgaba el Premio Nacional de Periodismo. Hacía horas que lo estaban buscando.

Saliendo apenas de su estupor, Blanco tomó un taxi y se dirigió al Ministerio, donde esperaba encontrarse con un ambiente de gran solemnidad. «Pero como se habían demorado tanto en encontrarme estaban muertos de hambre, comiéndose un sanguchito», se ríe.

«El Premio me llenó de gusto, sobre todo que fue la sorpresa más absoluta. Más sorpresa habría sido que me dieran el premio Nobel de Química», bromea, «pero eso entra en el terreno de lo imposible».

Sus muchos e incondicionales lectores piensan que, además, tiene méritos de sobra para recibir otro Premio Nacional, el de Literatura, al que fue propuesto en 1998. «Alguna ilusión me hice», comenta. «Pero como soy inseguro no me extrañó que no me lo dieran. Creo que he trabajado un poco más en literatura que en periodismo, pero a lo mejor no me ha salido tan bien».

El jurado apoyó su elección en los méritos de Guillermo Blanco: la defensa de la libertad y los valores democráticos, y su labor docente.

Dice que esos fundamentos le produjeron «una intensa cosquilla espiritual. Habría sido difícil encontrar otra mención capaz de llegarme tan adentro y de echar a volar, juntas, mi gratitud, mi imaginación, la raíz misma de mi condición humana», dijo al recibir el galardón.

Con decenas de libros publicados y otras tantas distinciones, Guillermo Blanco no tiene pensado retirarse de las letras. No puede hacerlo. «Uno empieza a escribir de a poco y le va tomando el gusto. Es como el alcohólico: uno que otro traguito al principio y después no lo puede dejar».

La literatura es para él una manera de ganarle a la muerte. «Es obvio que a estas alturas tengo más tiempo para atrás que para adelante. Lo que escribo va teniendo mucho que ver con mis recuerdos. No es que no hable hacia el futuro; es que al futuro le cuento el pasado. Es como una manera de dejar herencia».

Por Soledad Evans
Colaboración de M^a Elena Dressel
y Francisca Araya.

F I C H A P E R S O N A L

Nombre: Guillermo Santos Eleuterio Blanco Martínez.

Nacimiento: Talca, 15 de agosto de 1926.

Padres: Guillermo Blanco Medina y Vicenta Martínez Martín.

Esposa: Lucía Cristi.

Hijos: Jaime, Mónica, Rosita, Pilar.

Estudios:

Colegio San Tarcisio. Talca.

Instituto de Humanidades Luis Campino, Santiago, 1935-1942.

Facultad de Arquitectura, Universidad Católica, 1943-1945.

Principales obras publicadas:

Solo un hombre y el mar, Editorial del Pacífico, 1957; *Misa de Réquiem*, Editorial Universitaria, 1949; *Revolución en Chile* (en colaboración con Carlos Ruiz Tagle), Editorial del Pacífico, 1962; *Gracia y el forastero*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1964; *Cuero de diablo*, Editorial Zig-Zag, 1966; *El evangelio de Judas*, Ediciones Pineda Libros, 1972; *Adiós a Ruibarbo*, Editorial Pineda Libros, 1973; *Camisa limpia*, Editorial Pehuén, 1989; *En jauja la megistrú*, Editorial Los Andes, 1993; *El humor brujo*, Editorial Planeta, 1996; *El joder y la gloria*, Editorial Planeta, 1997.

Distinciones

Premio Único Concurso Nacional de Cuentos Óscar Castro, 1956.

Segundo Premio Concurso de Biografías de personajes vinculados a la minería chilena, 1957.

Premio Alerce, 1959.

Premio Único Concurso Interamericano de Cuentos, diario *El Nacional* de México, 1959.

Premio Academia Chilena, 1964.

Premio Municipal de Santiago, 1966.

Orden al Mérito de la Victoria, de la Gobernación de Talca, 1996.

Premio a la Excelencia Académica, de la Universidad Diego Portales y la Fundación Mustakis.

Premio Nacional de Periodismo, 1999.

Trayectoria laboral

Miembro del equipo fundador de la revista *Amargo* 1946-1948.

Colaborador de la revista *Estudios*, 1952-1956.

Redactor de la revista *Finis Terrae* de la Universidad Católica, 1960-1962

Revista *Ercilla* 1968-1977.

Revista *Hoy* 1977-1998.

NOTAS

- 1 Guillermo Blanco, *En Jauja la Megistrú*, Ed. Los Andes, 1997.
- 2 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.
- 3 Entrevista a Guillermo Blanco, septiembre 2000, Soledad Evans.
- 4 Entrevista a Francisco Castillo, octubre 2000, Soledad Evans.
- 5 Entrevista a Alejandro Magnet, mayo 2000, FAC.
- 6 Guillermo Blanco, *En Jauja la Megistrú*, Ed. Los Andes, 1997.
- 7 Entrevista a Mónica Blanco Cristi, abril 2001.
- 8 Página en Blanco, revista *Hoy*, 14 al 20 de septiembre de 1977.
- 9 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.

- 10 Ibid.
- 11 Entrevista a Abraham Santibáñez, octubre de 2000, Soledad Evans.
- 12 Juan Andrés Piña, *Conversaciones con la Narrativa Chilena*, Editorial Los Andes, Santiago, 1991.
- 13 ¿Nacer de nuevo?, revista *Hoy*, 24 al 30 de agosto de 1977.
- 14 ¡Ah, esas victorias!, revista *Hoy*, 10 al 16 de agosto de 1977.
- 15 Patriotas en el exilio, revista *Ercilla*, septiembre de 1968.
- 16 Entrevista a Jaime Blanco Cristi, septiembre de 2000, Soledad Evans.
- 17 Entrevista a Pilar Bernaldo de Quiroz, septiembre de 2000.
- 18 Diario *La Época*, 29 octubre de 1995.
- 19 Guillermo Blanco, *El joder y la gloria*, Ed. Planeta, 1997.
- 20 Ibid.